

les (224); llamaban así á las enseñas de oro puro, veneradas por ellos como el estandarte de Mahoma por los turcos, y armada toda la nacion se agrupó en torno de ellas. A pesar de todo fueron vencidos de nuevo. Milan cayó en poder del enemigo con el resto de la Insubria, y Marcelo pudo ofrecer los despojos de su caudillo Viridumana á Júpiter Feretrió. Roma se entregó al alborozo de un triunfo solemne; y para santificarlo mejor degolló uno á uno á todos los prisioneros de una nacion á quien daba el nombre de bárbara. Fundó junto al Po las colonias de Plasencia y Cremona, y ensoberbecida con haber dominado á los insubrios, consolidado su dominacion en los dos mares que la separaban de España y Grecia, ocupado la Istria y la Iliria, sometido suficiente país en Italia para armar á su albedrío ochocientos mil hombres, desafió insolentemente á su única rival, Cartago.

CAPITULO XIX

Segunda guerra púnica.

Era fácil conocer que la paz de las islas Egatas no venia á ser más que una tregua en total ventaja de Roma, y que apenas reparase sus pérdidas, despues de haber arrebatado á su rival el honor de las armas y su influencia política, hallaria cómodamente un pretexto para arrancarle además tanto sus riquezas como su independencia. Con efecto, aquel odio nacional que se emponzoña á tan alto punto en las repúblicas, se habia declarado entre las dos naciones representantes de las razas de Cham y de Jafet, y comprendian que la vida de la una debia traer consigo la muerte de la otra. Es cierto que en el curso de una de las más mortíferas guerras, Roma habia perdido ciudadanos y Cartago mercenarios; pero la primera poseia el arte de reparar la sangre perdida adoptando nuevos hijos, al paso que la otra reclutaba enemigos en sus soldados. Ya habian causado graves inquietudes á los generales cartagineses; hemos visto á tres ó cuatro mil galos, enviados á la carnicería bajo los muros de Agrigenta; otros fueron abandonados en una isla desierta y condenados á morir allí de hambre. Celebrada la paz hubo que pensar en licenciar las tropas mercenarias, porque habituados los cartagineses

á la especulacion y sintiendo el dispendio, hubieran querido eximirse de pagarlas; éstas reclamaron en alta voz su sueldo, y los sucesores de Amilcar (241 á 238), quizá por espíritu de hostilidad contra la faccion que queria la paz, les sugirieron la idea de ir á Cartago á hacer valer sus pretensiones. Encamináronse allí efectivamente las bandas, y expresándose en diversos idiomas, reclamaron con arrogancia los atrasos de sus sueldos. Pagándoles Cartago con buenas palabras y pretextando la penuria del tesoro, quiso que se contentasen con una suma inferior á la que se les debia.

Aquellos hombres temibles tuvieron algo de paciencia, pero mientras aguardaban veian cuál era la riqueza del país más comercial del globo, y cuán fácilmente triunfarian de sus industriosos moradores. Amotináronse, pues excitando á la independencia á las ciudades africanas, dispuestas siempre á favorecer á los enemigos de sus tiranos, y mucho más irritados entonces porque habian agravado el peso de los tributos. Júntanse setenta mil africanos á los veinte mil auxiliares y asedia á Cartago, que se encuentra aislada en medio de rebeldes y de extranjeros. En lo interior se acusan reciprocamente las facciones; por último prevalece la de Barca, porque la inminencia del peligro hace que el brazo de Amilcar sea necesario.

Habiéndose encargado otra vez este general del mando, soborna á los numidas á fuerza de dinero, de modo que, privados los rebeldes de caballería, empiezan á padecer escasez de viveres. Más irritados que domeñados aprisionan á Giscon, enviado para tratar con ellos, y despues de haberle mutilado, así como á setecientos cartagineses ó personas adictas á ellos, á quienes cortan las orejas y las manos, desjarretándolos y precipitándoles en el fondo de un abismo, á la par que juraban hacer otro tanto con todo el que les fuere enviado. Para usar Amilcar de represalias arrojó á las fieras á todos los prisioneros, y despues de haber reclamado el auxilio de Geron y de Roma, logró merced á la superioridad de la disciplina, cercar á los rebeldes y reducirles al hambre hasta el punto de tenerse que devorar unos á otros. En semejante apuro se presentan á Amilcar y solicitan la paz Espendio, Antarito y otros ocho

jefes. Finge Amilcar consentir en su demanda, á condicion de que le entregaran las diez personas que escogiera. No bien se formó el tratado, dijo: *Vosotros sois los diez*; se apodera de ellos y los crucifica. Entonces fué fácil arrollar á cuarenta mil hombres, privados de caudillos, y hacer en ellos tal matanza que no se escapó uno siquiera. Tambien fué cogida otra banda á las órdenes de Mathos, y durante mucho tiempo sirvieron de diversion en los espectáculos de Cartago los alaridos y la agonía de aquellos infelices.

Vencidos estos enemigos quedaba otro no ménos formidable y era su vencedor; no habiendo podido perderle los cartagineses con acusarle, le enviaron á hacer la guerra á los numidas (237), y en esta expedicion sometió toda la costa de Africa hasta el Gran Océano. De allí llevó consigo numerosas bandas de africanos, de numidas, de mauritanos, y no teniendo otra manera de mantenerlos que la guerra y el botin les condujo á la rica Iberia. Cartago hizo como que no se apercibía de ello, esperando, ya que el desnudo de los lusitanos y de los celtiberos la desembarazase del general y de su ejército peligroso, ya que si salia vencedor tendria necesidad para sostenerse de recurrir á la escuadra, con lo cual la entregaria el fruto de sus conquistas.

Puede, pues, decirse que Amilcar hacia la guerra por su cuenta, y como caudillo independiente. Repartíase el botin en tres lotes; uno para los soldados, otro para el tesoro de los cartagineses, y el tercero le servia para comprar amigos en su patria, á fin de impedir que el partido de Hannon, obstinado en aconsejar la paz, llegara á prevalecer dentro de Cartago. Todos sus pasos revelaban el pensamiento de una guerra más importante que la que hacia, pues no podia soportar el baldon de haber visto á la Sicilia abandonada en un momento de desesperacion intempestiva, y á la Cerdeña arrebatada del seno de la paz con el auxilio de otra rebelion de mercenarios. Estando á la expectativa queria indemnizarse por medio de conquistas en España, donde encontró por adversarios celtas, hermanos de aquellos á quienes habia esterminado junto á Cartago. Batiólos (227) y sometió la costa occidental de la península; pero los naturales del país, á quie-

nes el deseo de defender sus hogares aguzaba el ingenio, consiguieron vencerles soltando contra los cartagineses bueyes uncidos á carros cargados de combustible ardiendo. Esta estratagema, que causó la derrota y muerte de Amilcar, libertó á Roma de un gran enemigo, y quizá á la misma Cartago.

Entonces los partidarios de Amilcar fijaron sus ojos en Asdrubal, su yerno, que, apoyado por la clase media, estuvo á punto de dar un tirano á Cartago; mas como abortase su proyecto, pasó á España, donde se puso al frente del ejército de Amilcar. Gobernó en el país á su antojo, se granjeó por su afabilidad y política á los moradores, contra quienes hizo poco uso de la fuerza, y fundó enfrente del Africa la nueva Cartago (*Cartagena*). Quizá se propuso convertirla en sede de una dominacion española, de una rival de Cartago y de Roma; mas habia resuelto dar muerte al general cartaginés un esclavo galo, que conservaba memoria de la matanza de sus compatriotas por los Barcas y del asesinato de su amo. Halló medio de acercársele, y le siguió tan asiduamente, con aquella tenacidad particular de los asesinos del Viejo de la Montaña, que consiguió darle de puñaladas al mismo pié de los altares: ya satisfecho de haber cumplido su venganza, sufrió con la sonrisa en los labios los tormentos á que fué condenado.

Privado el ejército de su jefe, reconoció por tal á Anibal, hijo de Amilcar, mozo de veinte y un años, que habiendo salido á los trece de Cartago podia pasar por extraño á su patria. Habiale educado su padre en las rudas fatigas de la guerra española, inspirándole odio al nombre de Roma, nacion á que le habia hecho jurar una enemistad perpétua, consagrándole por el fuego en el altar de Melcarte. No podia legar su furor implacable á más digno heredero. Nadie reunia más aptitud para las cosas más inconexas. Sabia obedecer y mandar, se hacia querer de los soldados y de los capitanes, formaba el plan de una expedicion y lo ejecutaba con igual maestria; versado en cuanto se conocia de la táctica y de la estrategia, el mejor de los peones y el más hábil de los ginetes, no se distinguía en nada de los demas en las marchas ni en los campamentos, si bien se hacia notar en la refriega por sus armas y por

su caballo: infatigable, el primero en el ataque, el último en la retirada, no tenía piedad, fé ni respeto hácia lo más santo, ni aún á la religion del juramento.

Comprendió que para libertar á Cartago de Roma su rival, convenia llevar la guerra á Italia, poniéndose ante todo en situacion de no tener nada que temer de los bárbaros del centro de España. Venció en efecto á los oclados, los carpentanos y los vaceos de ambas Castillas (221), y se encontró bien pronto en el Ebro, donde por primera vez tuvo á los romanos á su frente (220). Celosos éstos de los progresos de los cartagineses, se habian convenido con ellos, desde el tiempo de Amilcar, en considerar el Ebro como limite de sus posesiones, debiendo permanecer libre entre las dos potencias Sagunto, como en la actualidad Cracovia entre la raza alemana y las naciones slavas. Fundada Sagunto por los griegos de Jazinto y los italianos de Ardea, eran mal mirados por los españoles, quienes por este motivo secundaron con ardor á Anibal cuando la sitió violando los tratados. Opusieron los saguntinos la más heroica resistencia, y viendo, en fin, perdida su patria, sin remedio, se precipitaron en las llamas que la devoraban.

Deliberaba aún Roma en determinarse á so-correr á esta ciudad cuando supo que habia succumbido. Envió entonces embajadores á Anibal para quejarse de esta infraccion, y como éste no les quiso dar audiencia pasaron á Cartago. Pidieron que se les entregase á Anibal como violador del derecho público. Respondió el Senado cartaginés que aún cuando lo quisiese no podria; y decia verdad: pero haciendo Q. Fabio un pliegue con la orla de su manto, extendió el brazo diciendo: *Traigo aqui la paz y la guerra, elegid.* Respondieron á una voz los cartagineses: *Elige tú mismo:* y sacudiendo su toga, exclamó: *La guerra*

De esta manera fué declarada la guerra que Tito Livio llama *maxime memorabile omnium* (218), y que aún considera la posteridad como una de las más importantes entre todas las que han ensangrentado el mundo. No se trataba ya para Roma de combatir á los bandidos de la Istria y la Iliria, ni aún á los galos, que si bien eran terribles, no tenían disciplina; iba á tener que luchar con una nacion que ha-

cia veintitres años era vencedora en España, envanecida con haber triunfado recientemente de una ciudad belicosa, y cuyo aguerrido ejército estaba mandado por un general de gran habilidad. Era una guerra de pasion, por eso se peleó más con la intriga y maquinaciones que con las armas; fueron variados los sucesos; hasta la victoria tuvo sus peligros.

Comprendiendo Roma cuán fatal podia serle una derrota, hizo grandes preparativos, armó á sus ciudadanos y aliados, y dirigió súplicas á los dioses. Solicitó la amistad de los pueblos de España, pero éstos les contestaron que se dirigiese á gentes que no supiesen con el ejemplo de Sagunto con qué valor protegía sus aliados. Dirigióse á los galos, rogándoles que no permitiesen el paso á los cartagineses. Habiéndose reunido con las armas los galos para deliberar, respondieron riendo que Cartago no habia merecido que ellos le hiciesen daño, ni Roma beneficios, y que solo sabian que esta última habia procurado rechazar á sus hermanos de Italia.

Rico, sin embargo, Anibal con los despojos de Sagunto, habiendo dejado diez y seis mil soldados á su hermano Asdrubal para guardar la España, se puso en camino hácia Italia. Le esperaban los romanos por mar; resolvió, al contrario, ir por los Pirineos y los Alpes (15 de Junio 218); empresa espantosa y sin ejemplo, pero desde la expedicion de Alejandro en las Indias, nada parecia imposible á los guerreros. Así como este último habia marchado sobre las huellas de Baco, proponiase Anibal seguir las de Hércules, que, decian, habia pasado de Iberia á Italia; por eso emprendió atravesar países bárbaros, ganándose la voluntad de los jefes, y abrirse un nuevo camino, hazaña que los antiguos hacian superior á todo.

Hizo correr la voz que el dios de su patria se le habia aparecido en un sueño para prometerle la victoria y mostrarle el sendero en las sinuosidades de una serpiente. Esto decia para el vulgo: expedía entre tanto emisarios entre los boios y los insubrios para excitarlos contra Roma, que se preparaba á dominarlos por medio de las colonias de Cremonia y Plasencia. Ganó Anibal la cima de los Pirineos y calmó las inquietudes de los galos de la vertiente septentrional, haciendo con ellos un tratado me-

morable por su singularidad. Se estipuló, en efecto, que cualquiera diferencia entre los cartagineses y los indígenas, se someteria á la decision de las de las mujeres galas.

Despues de haber verificado el paso del Ródano y del Duranza, empezó en los primeros dias de Octubre á salvar los Alpes cubiertos de nieve, sembrados de peligros y defendidos. Habia sido su marcha tan desastrosa, que de cincuenta mil peones y veinte mil ginetes, con los cuales habia salido seis meses antes de Cartagena, no le quedaban más de veinte mil infantes y seis mil caballos. Quedábale empero su valor y las buenas disposiciones de los galos en su favor. Al abandonar los desfiladeros de los Alpes entró en el país de los taurinos y bajó hácia el Pó, donde habian dispersado los galos las colonias de Plasencia y de Cremona, y derrotado al cónsul Manlio en la selva de Mutina.

Habia sido el primer pensamiento de Roma dirigir un ejército al Africa, otro á España y otro á las Galias. Inquietó el segundo la marcha de los cartagineses, pero cuando les vió ganar los Alpes, acudió á defender la Italia, donde permaneció el cuerpo de ejército destinado á Africa por la inesperada venida de Anibal; hizo frente Escipion á Anibal en el Tesino y fué vencido; quiso tambien detenerle Sempronio en Trebia, mas tambien fué vencido. Ofrecian las llanuras del valle del Pó el más favorable terreno á los movimientos de la excelente caballería numida, y los galos alistados por los romanos se pasaban á las filas de Anibal, quien se encontraba á la cabeza de noventa mil guerreros.

No habia, por tanto, mucho motivo para regocijarse. Libertados los galos del vecindario amenazador de las colonias, se cuidaban poco de arriesgar su propia independendencia por extranjeros, cuyo número era demasiado pequeño para asegurar su libertad, y demasiado para no ser una ocasion de incomodidad y gastos. Estaba compuesto el mismo ejército de Anibal de extranjeros de todas naciones, quienes, audaces é indóciles en la inaccion, arrogantes en la victoria, pretendian imponer á su general el momento y lugar del combate; refrenados por un vigoroso brazo, conspiraban contra Anibal, quien para engañar sus designios, se veia obli-

gado á cambiar de continuo de trajes. Sea lo que fuere, tan pronto como lo permitió la estacion, se dirigió hácia Arecio por el camino ménos frecuentado; perdió en esta marcha siete elefantes y bastante número de hombres y caballos, lo que no le impidió volver á vencer á los romanos mandados por Flaminio en el lago Trasimeno.

Espárcese con esta noticia el espanto en Roma; Fabio Máximo, elegido dictador, pone á la ciudad en estado de defensa, hace cortar los puentes, persuadido de que en adelante no se trata de proteger toda la Italia, sino de libertar la capital. Tiene el valor de contemporizar y resignarse á la acusacion universal de impericia y lentitud, al paso que Anibal pasa á su vista á la Italia Meridional y á la Ombria hasta Esopoletto, y devasta las florecientes campiñas de Falerno, Masica y Sinuesa.

Probó el resultado cuánta prudencia habia en aquellas contemporizaciones. Pensaba, en efecto, Anibal retirarse á la Galia por la escasez de víveres, cuando el cónsul Varron, dejándose arrastrar, á pesar de los consejos de Fabio y su colega Paulo Emilio, á un exceso de confianza, le presentó la batalla en Cannas, á orillas del Aufido. Grande fué la alegría de Anibal cuando formó en batalla á sus africanos, armados con los despojos ganados en Trebia y en las orillas del lago Trasimeno, sus galos con largas espadas, sus españoles con aguzados sables, unos desnudos hasta la cintura, y otros vestidos de blanco y con escudos casi blancos tambien. Fué encarnizada la lucha, pero consiguieron la victoria los cartagineses. Perecieron cerca de setenta mil romanos; tres fanegas y media de anillos, quitados á los cadáveres de los caballeros romanos, fueron derramados en el vestibulo del Senado de Cartago. Al exhalar su grande alma Paulo Emilio en el campo de batalla, enviaba á decir á Roma que debia hacer sus preparativos de defensa antes que el vencedor no cayese sobre ella. Marchó éste, en efecto, adelante, y enarboló el estandarte de Cartago sobre una altura desde donde se descubria la ciudad eterna; despues, alejándose, fué á establecer sus cuarteles de invierno á Cápua.

Aquí todos los escritores repiten á porfía las palabras de Maharbal, segundo del cartaginés:

Sabes vencer, Anibal, pero no aprovecharte de la victoria.

Pero, verdaderamente, ¿podía proseguir la guerra? Por una parte se había separado del Norte de Italia, de modo que ya no podía reclutar su ejército con ayuda de las levas de la Italia. Había perdido la mayor parte de sus caballos, tan de estima para los africanos, y en general para los mercenarios que, privados de la patria y familia, colocan todo su afecto y esperanza de salvación en este único bien. No poseía ni una plaza, ni una fortaleza. Si desertaban los italianos de las banderas de Roma, era porque estaban cansados de llenar sus legiones; hubieran estado aún menos dispuestos á servir en las filas de Anibal. No había, por consecuencia, socorro que esperar de Cartago, á la cual se lo pedía; pero había allí para contrariarle á Hannon, jefe de la facción opuesta á la de Barca.

Era este Hannon un diplomático verdaderamente attuto, que hubiera hecho honor á la escuela moderna. Cuando había pedido Asdrubal que se le diese por teniente en España al joven Anibal su sobrino, había dicho: *Reclama una cosa justa; propongo sin embargo, que se le niegue;* y desarrolló esta paradoja sosteniendo que no convenia acostumbrar desde edad temprana á un niño á un mando casi hereditario, y que sería más ventajoso moderar la impetuosidad por la sumision de las leyes. Cuando vinieron á pedir satisfacción los embajadores romanos respecto de la toma de Sagunto, habló con calor del derecho y de la justicia, insistiendo porque se entregase á Anibal, y esquivando socorrerle diciendo: *¿Qué necesidad tiene de ello despues de tantas victorias con que nos entretiene de continuo? ¿No ha dado muerte á doscientos mil romanos, hecho cincuenta mil prisioneros, sometido á los apulios, los brucios, los lucanios y los campanios, segun nos lo refiere Magon?*

No eran solos sus celos los que detenian al prudente senado de Cartago, en los envios de socorros á Anibal. Este general, que había hecho la guerra de España, pudiendo decirse que por su propia cuenta, y que triunfaba en aquella hora con la misma independencia de Italia, hacia sombra á su patria; las revoluciones que allí promovió más tarde, ya vencido, indican lo que hubiera hecho siendo vencedor. Recono-

ciendo, sin embargo, la importancia de la guerra que sostenía, se pensaba en socorrerle. No necesitaba Anibal nuevos reclutas africanos, pero sí le faltaba un aguerrido ejército en España; siendo en este país donde residía la fuerza y el poder de los barcas, y del que se sacaba diariamente Anibal de una sola mina trescientas libras de plata. Las aguerridas tropas que mandaba su hermano Asdrubal eran las que pedía, queriendo asimismo que las levas de Africa fuesen enviadas en su lugar para hacer frente á los romanos en las márgenes del Ebro. Púsose, con efecto Asdrubal en marcha, pero los Escipiones que mandaban en la península le cerraron el camino, lo mismo que á Magon, que había desembarcado de Africa con tropas de refresco, preservando á Italia de una nueva invasión las victorias de Ibera, Iliturgia y Munda.

No permanecía ocioso Anibal en Capua (216) atrayendo por una parte á Jerónimo que había sucedido á Geron II como rey de Siracusa, á aliarse con los Cartagineses, y negociando por otra, con Filipo, rey de Macedonia, para que este príncipe hiciera la guerra á los romanos; concluyendo con él un tratado en el cual, cosa notable, estipuló en su propio nombre y en el de su ejército, ocupándose ménos de los intereses de Cartago que de los de Utica su rival. ¿Quién puede saber lo que este aventurero jefe meditaba?

Pero el mayor obstáculo que tuvo que combatir fué la indómita perseverancia de los romanos. Heridos de estupor, al principio llegaron á abrigar el pensamiento de abandonar una patria fundada bajo tan funestos auspicios; y ya se habían reunido muchos jóvenes de las más nobles familias para trasladarse á otra parte, cuando el joven Escipion los hizo desistir de tal proyecto, valiéndose de medios que parecieron buenos para volverles la confianza. Súpose que un tal Marcio, autor de una colección de versos proféticos del género de los de Nostradamo, había predicho la verdad respecto de la batalla de Cannas, añadiendo además que era preciso para conquistar la paz instituir solemnnes juegos todos los años en honor de Apolo. Había tanta oscuridad en sus respuestas que se empleó un dia entero en comprenderlas, apresurándose por último á seguir su consejo.

Se hizo además la ceremonia del *lectisternium*, y se prometió una primavera sagrada; hicieron revivir todas las supersticiones etruscas, llegando al extremo de enterrar vivos en el foro á dos griegos y á dos galos como en las más críticas circunstancias.

Si tales muestras de abatimiento regocijaron á Anibal, mucho debió disminuirse su confianza con la contestacion dada al embajador que había enviado para tratar de la paz y del rescate de los prisioneros; reducido á que Roma no tenia necesidad de soldados que se dejaban coger vivos, y que saliera aquella noche del territorio romano.

Habiendose puesto despues en venta el dominio sobre el cual tenia establecido su campamento, se hicieron con tanto calor las pujas como si el enemigo no se hubiera encontrado en Italia. Efectivamente, las fuerzas de Roma se multiplicaban en los reveses, como aconteció en Venecia con las derrotas que siguieron á la liga de Cambray: se derramó á porfía dinero en las arca públicas por los ciudadanos; todos los jóvenes de más de diez y siete años, se alistaron en sus banderas; ocho mil esclavos que se presentaron voluntariamente fueron equipados con las armas quitadas antiguamente al enemigo. Nápoles ofreció cuarenta páteras de oro, de las cuales solo fué aceptada lo de ménos peso: Geron envió una Victoria de oro que pesaba trescientas veinte libras, trescientos moyos de trigo, doscientos de cebada, y mil hombres armados de hondas; todo fué admitido. Por último, la direccion de los negocios fué de nuevo confiada á la valerosa prudencia de Fábio Máximo, quien los restableció contemporizando siempre.

La ociosidad, la molicie y la indisciplina, debilitaban en Capua el ejército de Anibal, que declinaba á medida que se recobraba Roma. Sempronio logró vencerle, y reanimó la confianza entre los guerreros romanos. Filipo, rey de Macedonia, llegado allí con el designio de talar la Italia, fué derrotado, y tornó á embarcarse con presteza para aplicar remedio á los embarazos que le suscitaba Roma en sus estados: enviaba por otro lado á Marcelo con el fin de castigar á Siracusa.

Despues de la muerte de Geron II, que la había gobernado cuerdamente, cayó bajo la ti-

ranía de Jerónimo, su nieto, de quien se libertó la nacion por medio de un asesinato. Siguiéronse grandes turbulencias, durante las cuales ciertos demagogos excitaron al pueblo contra Roma en nombre de la independencia (214). De aquí resultó que Appio Claudio y Marcelo, llegaron á sitiarse la ciudad, uno por mar y otro por tierra. Vanamente hizo el grande Arquimedes en defensa de su patria el uso más santo que puede hacer un hombre de sus conocimientos, y rechazó al enemigo con el auxilio de máquinas, al propio tiempo que incendiaba su escuadra con espejos. Se apoderó de la ciudad Marcelo, y la entregó al saqueo y á las llamas (213), y el mismo Arquimedes, que absorto en sus meditaciones estudiosas no se había apercebido del tumulto del asalto, fué muerto por un soldado.

Se hallaron en Siracusa más riquezas que las que se cogieron posteriormente dentro de la misma Cartago, y Roma se hermoseó con las estatuas y columnas trasladadas á su recinto desde la ciudad destruida. Llegaron los siracusanos á querellarse de que se había castigado en ellos la fé quebrantada por sus tiranos, y solicitaron despues de tantos padecimientos ser indemnizados al ménos con la restitucion de los despojos que les habían quitado. Apoyando su reclamacion Malio Torcuato, exclamaba de este modo: *¿Qué diria Geron si volviese á la vida, y, habiendo sido para nosotros tan fiel aliado, viera ahora su ciudad reducida á cenizas, y á Roma engalanada con sus despojos!* Respondió el Senado que deploraba su infortunio, pero que Marcelo había obrado con arreglo al derecho de la guerra, y la Sicilia fué sometida á la triste condicion de provincia.

Entonces avanzaron los romanos contra Capua; despues de haber hecho Anibal prodigios por salvarla, ejecutó con habilidad maravillosa la retirada de su ejército cargado con el botin hácia la Daunia y la Lucania en las inmediaciones del estrecho. No teniendo ya esperanza de salvacion los voluptuosos ciudadanos de Capua, hicieron circular en torno de la mesa, despues de un alegre banquete, la copa envenenada que debía libertarles de la venganza de los romanos; luego unos se retiraron á su morada, otros permanecieron juntos y deleitándose hasta que cayeron muertos sucesivamente. Los que